

## **DE FEUERBACH AL AULA, DEL AULA A FEUERBACH Y DE FEUERBACH ¿AL SÍ MISMO? INTERSTICIOS CURRICULARES DE LA PRÁCTICA DOCENTE UNIVERSITARIA**

Patricia Roitman Genoud

Maestra en Psicología Social. Profesora-investigadora de la Facultad de Ciencias Naturales, Universidad Autónoma de Querétaro.  
roitmanpatricia@gmail.com

Recibido: 1 de marzo 2017  
Aceptado: 30 de marzo 2017

### **Resumen**

Esta sistematización trata de hilvanar las fragmentaciones que como académica de la Universidad Autónoma de Querétaro me configuran a partir de sus labores sustantivas: la docencia, la investigación y la extensión. Dichas formas se entrelazan y tienen francos puntos de conexión y otros de profunda desconexión. La pretensión de urdir es poder conformar un corpus discursivo que sintetice mi experiencia, hasta el momento, como tensión entre el deber ser instituido en políticas laborales y un ser que navega en los intersticios de la incertidumbre circunscrita como un ser docente en permanente búsqueda. La tercera Tesis de Feuerbach permite remontar a contrapelo el diálogo que entablo con Marx en pleno siglo XXI, retomando para ello una narrativa comenzada años atrás, escrito en el afán de recorrer para comprender, la condición laboral de la que fui parte como docente.

**Palabras clave:** Intersticios, sí mismo, identidad docente, incertidumbre.

## Abstrac

This systematization tries to weave the fragmentations that as academic of the Universidad Autónoma de Querétaro configure me from their substantive labors: teaching, research and extension. These forms are intertwined and have frank connection points and others of deep disconnection. The claim to war is to be able to form a discursive corpus that synthesizes my experience, up to the moment, as a tension between the duty to be instituted in labor policies and a being that navigates in the interstices of circumscribed uncertainty as a being in constant search. The third Thesis of Feuerbach allows to overcome against the dialogue with Marx in the 21st century. I return to a narrative begun years ago, written in the eagerness to go to understand, the labor condition of which I was participate.

**Keywords:** Interstices, self, teacher identity, uncertainty.

## Preludio a la tercera de Feuerbach

**E**sta sistematización trata de hilvanar las fragmentaciones que como académica de la Universidad Autónoma de Querétaro me configuran a partir de sus labores sustantivas: la docencia, la investigación y la extensión. Dichas formas se entrelazan y tienen francos puntos de conexión y otros de profunda desconexión. La pretensión de urdir es poder conformar un corpus discursivo que sintetice mi experiencia, hasta el momento, como tensión entre el deber ser instituido en políticas laborales y un ser que navega en los intersticios de la incertidumbre circunscrita como un ser docente en permanente búsqueda.

Como será desarrollado posteriormente, el intersticio es comprendido dentro de la organización curricular que es resultante “de la tensión entre lo instituido, la prescripción, y la lógica de los actores” (Frigerio y Poggi, 1987: 4). Estas fragmentaciones del tiempo lineal pero no del tiempo de la experiencia se unifican a partir de escritura sobre las prácticas que son comprendidas como Sardi lo menciona:

La escritura de las prácticas pone en escena unos saberes en torno a cómo miramos, cómo miro y soy mirado, cómo percibo a los otros y cómo soy percibido por los otros, cómo miro las propias prácticas y las prácticas ajenas, los contextos,

los sujetos y cómo soy interpelado por ellos; es decir, ese juego de miradas se textualiza y en esa experiencia de escribir aquello que estoy transitando, lo que no sé, lo desconocido, lo que sabré cuando escriba se promueve la reflexión sobre las propias experiencias, sobre los modos de hacer (Sardi, 2013: 12).

Las tesis de Feuerbach fueron leídas en el Seminario de Investigación Educativa al que pertenezco y a través del cual la reflexión del ser docente se ha inscrito; por supuesto, la práctica docente frente al aula y la calle (salidas de campo), así como la labor de investigación, me permiten conectar lecturas sobre el oficio del campo educativo: amplio, borroso, contradictorio, cargado de sentidos diversos.

Escojo la tercera tesis *–los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada–* para poder hilvanar la idea de intersticio como esa posibilidad enmarcada en fronteras que constriñen por momentos una labor escurridiza pero acotada a tiempos institucionales y a tiempos del pensamiento, no siempre conciliables. Pero esta tesis provoca que sean descritas algunas fronteras que se desarrollan en el apartado de la Bolsa Naranja en líneas posteriores, y lo que escapa como rebeldía intersticial, el Seminario de Investigación Educativa. Circunstancias, todas ellas, pertenecientes a propuestas educativas veladas y propuestas educativas simbólicamente violentas, institucionales e instituyentes. Junto con Frigerio recalco que:

Si se acepta que una norma conlleva la “organización de algo”, se pone de manifiesto la intención ordenadora y normativa del currículum y el papel que en dicha tarea desempeña el Estado: “La ordenación del currículum forma parte de la intervención del Estado en la organización de la vida social. Ordenar la distribución del conocimiento es una vía no sólo de influir en la cultura, sino en toda la ordenación social y económica de la sociedad (Sacristán 1988: 128, citado por Frigerio: 1987).

El Estado convive en la matriz curricular en tanto los actores que participan de ella, son ciudadanos formados por él, activos en ámbitos sociales, políticos y culturales diversos. Docentes y alumnos forman una especie de síntesis social en el aula, que confluye en búsquedas, anhelos y constructos sociales futuros. Por tanto la organización de algo siempre es proclive a re-

sistencias, a adaptaciones singulares, conciliaciones o francas oposiciones. Como organización social, el currículum es la organización de los valores que impulsa el Estado, por eso siempre está caliente, como diría Furlán (Furlán: 1996), de ahí la provocación de la tercera tesis de Feuerbach que versa:

La teoría materialista de que los hombres son producto de las circunstancias y de la educación, y de que, por tanto, los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada, olvida que son los hombres, precisamente, los que hacen que cambien las circunstancias y que el propio educador necesita ser educado. Conduce pues, forzosamente, a la división de la sociedad en dos partes, una de las cuales está por encima de la sociedad. La coincidencia de la modificación de las circunstancias y de la actividad humana sólo puede concebirse y entenderse racionalmente como práctica revolucionaria (Marx: 1845).

Recalco con Marx: los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada. Si esta modificación es una práctica revolucionaria en sentido estricto, aquello que competa a las circunstancias en común a mis contemporáneos docentes, será la guía que quizás conlleve, si estoy atenta a ello, a la modificación casi imperceptible en el corto plazo de aquello que logramos transformar.

### **La bolsa naranja: precariedad laboral y flexibilización de currícula**

Durante 2003 a 2012, periodo en el que comienza mi vida de docente, para cargar mis libros, plumas, hojas sueltas, un cuaderno y mi laptop Toshiba comprada a crédito en una tienda departamental, lo hacía en una bolsa del mandado color naranja. En esa bolsa he transportado tomates, lechuga, cebolla, ajos, seguramente calabacitas y una que otra tlayuda, dado que la compré en Oaxaca hace muchos años; por lo tanto, seguramente hubo queso, tasajo, chapulines, naranjas, flores de calabaza, ajonjolí por aquello de los moles negros, amarillito, coloradito, por mencionar algunos. Sandía, melones, quizás duraznos pero seguro higos, ciruelas amarillas y membrillos. La bolsa ha estado en la silla del comedor ubicado en Querétaro cargada de cosas que he transportado y aún transporto que me nutren de otra manera. A usanza de los griegos diríamos que mi espíritu se alimenta por hojas hil-

vanadas de autores diversos. Autores que impensadamente se verían transportados en una bolsa de plástico elaborada para actividades domésticas. En Oaxaca, era muy común comprar estas bolsas como parte de un folclor acariciado por las mujeres, en su mayoría europeas, que le daban un toque doméstico a su incursión por tierras remotas.

Yo no soy europea, soy latinoamericana, convierto la bolsa en un medio de transporte de lo que hoy no es alimento, me sirvió para procurar, en ausencia de un huerto, algo que estuvo relacionado a su acceso: el dinero. Esta bolsa naranja colgada representa un medio en el cual transporté más que libros, un medio de subsistencia. Pero reducir su uso a un medio me convirtió en todo menos en acreedora de un lugar justo para esta bolsa que reposó en un clavo colgado en la pared izquierda del refrigerador de mi cocina. Esto es que no es una bolsa cualquiera, contiene la sal y la pimienta que se impregnan cuando cocinas. Contiene la imaginación frente al acto de comer. Me tornó humana cuando la usaba porque me recordaba que comer no es sólo un acto fisiológico, sino que es un acto social, profundamente humano que se ancla en el corazón de una vez y para siempre cuando recordamos cómo, cuándo y dónde absorbimos, como la bolsa, lo salado de una conversación, lo picante de un encuentro, lo sublime de un aroma escondido en las cerezas, en la contemplación de un pimiento que aparece como cuerpo y se torna consistencia cuando lo abrimos, lo cortamos con el cuchillo sobre una tabla de madera, en el entorno de la soledad, que busca no existir más porque espera los encuentros.

Plumas, lápices, gomas, plumones indelebles y para pintarrón; cinco memorias USB que contienen información tan valiosa como el agua, para algunos, que almacena más que letras: proyectos, ilusiones, esperanzas no concretadas. La bolsa anaranjada que me acompañó tenía espacio para muchas cosas; hubo momentos en donde esperó en el escritorio de ese salón cargado de alumnos.

Al ser de plástico, la bolsa, resistió la lluvia; podría describirla como una panza de canguro que transporta a otros. Me convertí con ella en una especie de intelectual doméstica con aires de pasarela neoyorquina. También conversé con algunas mujeres similares a mí: vestimos faldas, usamos pantalones, nos pintamos los pelos de naranja, los pasillos son recintos de

la consagración de la cotidianidad cuando hablamos de lo que nos pasa día a día con respecto al cuidado de los hijos, de las hojas sin escribir y de los momentos llenos de horas al servicio de otros y no de nosotras. Tan relativo el nosotras que no puede disociarse de lo colectivo porque pareciera ser que nacimos unidas a lo colectivo y despegarnos de ello es casi impensado: de ahí algunas cargamos libros en bolsas destinadas a la compra de alimentos.

Algunas caminan sin matriz; otras con depresión. Por lo general cargan la casa a todos lados, no satisface el nomadismo intelectual dado que el reposo en casa también es importante. Pero no todas podemos hacerlo. Elegimos, aparentemente, una vida intelectual para salir de donde estamos y no sabemos ubicar nuestro lugar con nitidez.

La doble o triple jornada que las mujeres tenemos (Alonso Fernández, 2014) es una realidad que hacemos nuestra con la dignidad, y el costo físico que eso conlleva, cueste lo que cueste. Somos jornaleras, maquiladoras, no olvidamos a pesar de las ganancias de lo público, que somos ese ser destinado a seguir encontrando un lugar. Quizás lo que plantea Beck debiera ser una nueva forma de lucha sindical:

(...) hay que crear un derecho laboral al trabajo discontinuo que permita a las mujeres y a los hombres cambiar entre los distintos campos de actividad (trabajo convencional, trabajo doméstico, trabajo cívico) según su propia discreción (Beck: 2007).

Recuerdo: la bolsa tiene dos asas color naranja: largas como para que entre mi espalda y mis manos haya espacio para cargar una taza de café por las mañanas, y la mochila de mi hija por las tardes. Poesía, galletas, la cuenta del teléfono pagada, el arete que me saqué porque me irritaba el lóbulo, el lápiz labial gastado de hace unos años y que lo llevo porque me gusta el color rosa pálido, el cepillo de pelo. La bolsa naranja era mi compañía; como la maleta con rueditas de una colega que la usa para no lastimarse la espalda. La bolsa naranja es la especie de bruma que me acompaña para recordar (o recordarle a varios) su morada, ansiada, la que quiere llegar a estar serena, acostumbrada al calor de nunca llegar a ningún lado. Esa bolsa refleja la itinerancia. De participar en una marcha como de prender el fuego para hacer un té de manzanilla. La bolsa participó de mi histeria cuando corría de una Facultad a otra: llegué

a estar en tres sedes distintas teniendo cinco clases que solo hilaba para no perder cordura, pero que eran para currículos completamente distintos: Geografía Ambiental, Desarrollo Comunitario y Nutrición, todas de licenciatura en dos Facultades distintas pero con tres Campus distintos como sedes. Además de las clases en dos maestrías, alumnos para asesoría, reuniones entre maestros: prácticas docentes todas, una más indispensable entre ellas: manejar de un lugar a otro.

Podía decirse que mi cuerpo no reposaba porque no sabía (¿?) dónde, con quién; la sombra de ese platanar en donde Sócrates y sus discípulos generaban la pregunta del encuentro era distante, lejana. *La prisa* marcaba –y ceo que sigue marcando– mi práctica docente.

¿Quién persigue hoy a esas mujeres que portamos la bolsa del mandato en los recintos del saber? ¿Quién nos quiere arrebatarnos la bolsa que contiene tantos objetos de artesanía llevados a donde el corazón nos encamine? ¿Somos conscientes de esa bolsa que cargamos?

Algunas mujeres (y hombres) que nos dedicamos a la vida académica pareciera que nos resistimos al ritmo que marca el mundo contemporáneo. La ciencia o, mejor dicho, la producción científica, no escapa a los estándares de marketing, dado que está inmersa en la economía de mercado situada como cualquier otra actividad laboral.

Como menciona Beck, esta individualización y precariedad laboral conlleva a que el espacio laboral de los académicos sea aquel que está en todas partes. Es decir, la flexibilidad laboral ha llevado a acumular puntos, diplomas, papeles en un esquema más de *meritocracia* (Beck: 2007) que de estímulo por lo hecho. En realidad este esquema desestimula mucho más cuando lo que se hace no es “vendible”.

La educación transita hacia su hundimiento (Beck: 2007) y con él la sociedad completa dado que no sólo el paradigma cartesiano necesita cambiar por nuevas formas de hacer investigación (Martínez: 2006), sino también los que producen, crean e intentan sobrevivir necesitan humanizarse. Es decir, la famosa flexibilidad laboral también es posible traducirla en la *carencia de solidaridad*.

Los profesores y profesoras de tiempo parcial *son fuerzas asalariadas baratas muy bien recibidas por las universidades de América*, nos dice Beck

y constituyen el 45% de los profesores universitarios en Estados Unidos. En la Universidad, me parece que el porcentaje es mayor. Tengo datos de que es cerca del 50%. A nivel nacional es el 60% de profesores por honorarios sosteniendo las actividades de docencia en universidades públicas y en privadas el 85-89%.

La Universidad Autónoma de Querétaro prácticamente el 33% ejercen su actividad docente en un sistema por honorarios, es decir, sin prestaciones y con cambios de actividad cada semestre o cuatrimestre, lo que los sitúa en la liquidez de la vida (Bauman: 2000) y, por tanto, en la incertidumbre como su *modus operandi*. A esto se une que la demanda crece haciendo de la actividad docente algo *Infrapagado y con exceso de trabajo* (Beck: 2007).

La metáfora de la bolsa es por excelencia el símbolo de la precariedad en la que estamos sumidos los universitarios. Si con ello decimos que el 80% de docentes bajo esta vía de contratación son mujeres (fuente aún informal del Centro de Estudios de Género), entonces, reconocemos que la bolsa del mandado es literalmente la bolsa de recolección de las horas que otros (hombres en su mayoría) no cubren por ser trabajos mal pagados o porque son quienes más se dedican a la investigación científica en algunos campos disciplinarios como las ciencias exactas y naturales. La docencia en humanidades sigue siendo labor de las mujeres, al parecer.

Los estudios sobre precariedad laboral que realiza Beck muestran que son jóvenes y mujeres los que realizan los trabajos que nadie quiere. La pregunta es ¿dónde van a parar las mujeres que escogieron una vida profesional en el mundo de la precariedad laboral?

Decir que es especial dedicarse a la docencia pasa en gran medida por la noción del tiempo. Así es. Las largas disertaciones que hacían los filósofos griegos respecto a las preguntas que hicieron y que nos seguimos haciendo acerca de la vida, la naturaleza, el alma, y ver que el arte que procuraban era el social, estaban situadas desde un espacio tan evocativo como la palabra misma. Hoy depositamos palabras en bolsas y las transportamos sin que ellas realmente dialoguen.

Por otro lado el coche es una especie de bolsa metálica. Recuerdo el coche de una colega norteamericana que amablemente me ofreció una cena en su casa después de platicar acerca de lo que hacían en su universidad



respecto a migrantes mexicanos en Estados Unidos. Al terminar de charlar llamó por teléfono a su esposo, otro académico, y le preguntó qué querían de cenar. Al entrar a su coche se disculpaba del desorden que allí había. Mi cuerpo subido en la parte derecha del carro tenía un esquí para la nieve del lado izquierdo; el objeto atravesaba al coche azul, no recuerdo el modelo, recuerdo su interior, desde la palanca de cambios hasta la parte trasera de manera tal que no estorbaba al manejar ni tampoco al que iba sentado. Era visible el polvo en el volante, los papeles en folders en la parte trasera, alguna botella de agua vacía, algún libro prestado con marcadores fluorescentes. Podría decir que el coche era la expansión de la bolsa naranja de plástico. La prisa es amiga de la velocidad. La precariedad laboral nos sitúa en la premura del hacer, quizás no del pensar.

En la Facultad de Ciencias Naturales, es habitual ver a los maestros, investigadores, comer en la oficina, cargar los famosos *toppers* con comida para calentarse; comer solos; tener horarios tipo dos de la tarde o tres para comer. El movimiento *slow* está lejano en nuestra universidad. El respeto al cuerpo empieza entonces por transgredir el sedentarismo y, paradójicamente, por detener la prisa por hacer:

El movimiento Slow aún está formándose. Carece de sede social y de página web, no tiene dirigente único ni un partido político que haga bandera de su mensaje. Muchas más personas deciden ir más despacio sin tener conciencia de que su actitud forma parte de una tendencia cultural y no digamos de una cruzada mundial. Sin embargo, lo que importa es que una minoría cada vez más amplia prefiere la lentitud a la celeridad. Cada acto de desaceleración es un empuje más hacia el movimiento Slow (Honoré: 28, 2004).

Interesante descubrir que recientemente, febrero de 2017, salió publicada una entrevista a dos universitarias inglesas sobre el movimiento *Slow professor* que denuncia la competencia y la productividad como algo que no está privilegiando la vida académica (<http://www.cbc.ca/radio/thesundayedition>).

Por otra parte, las mujeres seguimos siendo quienes preparamos los alimentos en México<sup>1</sup>. Las mujeres también formamos parte de una población que no necesariamente reconoce esa labor. Las mujeres de la vida académi-

ca no renunciamos a esa actividad y, por ello, seguimos aceptando la colecta del tiempo libre de otros como la principal fuente de nutrición espiritual.

Una de las prácticas de la currícula, como mencionaron algunos colegas, es realizar las reuniones en horarios en donde las mujeres puedan dejar a sus hijos: ocho y media de la noche o bien, ocho y media de la mañana. El resto de las horas están dedicadas a full en dar clases, atender alumnos y dar asesorías. La jornada se interrumpe a las dos de la tarde en promedio para ir por los niños, darles de comer y, por la tarde, contratar niñeras, llevarlos a los espacios laborales. Esto también pueden hacerlo los hombres, pero es menos frecuente.

En este entorno espacial ¿cómo llegamos a producir las mujeres? ¿Cómo nos sostenemos? ¿A qué costo físico, emocional, moral y de soledad lo hacemos? Muchas colegas amablemente me han referido frases como: cuando estudié el doctorado me divorcié; otras me dijeron que no dormían por estar trabajando y que no hubieron vacaciones durante largos periodos porque la tesis había que sacarla. Otras quedaron sin algún órgano importante. Otras fueron abandonadas por sus parejas. Otras reclamadas por sus hijos y exigidas por sus familias. El reloj no sólo biológico marca la pauta para ser madre sino para existir como personas. Una mirada a las masculinidades valdría también la pena: el costo del rol patriarcal también determina las horas destinadas al trabajo de manera excesiva, descuidando, las labores domésticas y la atención a la familia, cuando así es el caso.

Nos comenta Sieglin que en México:

Un poco más de la mitad de los estudiantes que se reciben en la licenciatura en el país son mujeres, pero sólo representan cerca de un 35% de quienes se doctoran y un 20% de quienes realizan un posdoctorado(...) dentro del SNI, hay distintos niveles: el número de aquellas que se encuentran dentro del 1 oscilan el 30%, mientras que en el nivel 2 el 25% y en el 3 representan el 16% (El Universal, 2012).

Es decir, quizás algunas mujeres “optan”<sup>2</sup> por la vida familiar ante tanta exigencia del mundo académico-intelectual. No me alegra formar parte de este grupo de mujeres que asumimos que la vida académica de hoy tenga que estar cargada de producción; maquilamos ideas, no generamos ninguna

artesanía. Esa quizás sea nuestra mayor ilusión óptica. Hay mujeres dedicadas a la vida intelectual en cuerpo y alma lo hacen abandonando lo que quizás también quieren seguir haciendo. Viejo tema. El cuarto propio de Virginia Wolf pareciera más lejano que nunca. De ahí la bolsa.

No quisiera decir que esta condición es sólo de las mujeres. Está imbricada en el conjunto de relaciones de poder establecidas como fuente de un mecanismo imparabile llamado *mercantilización* de la vida<sup>3</sup> (Iglesias, 2010). Las identidades se diluyen con tal velocidad que los lugares son tránsitos permanentes, la bolsa es su expresión más concreta. Como otros mencionan las laptops son también ese transporte de las tareas que hay que hacer. La identidad de los profesores universitarios se torna multifacética, multiusos, fragmentada y discontinua. Diría Appadurai se vuelve dislocada, es decir, trastocada por fenómenos mediáticos, tecnológicos y financieros que configuran paisajes atravesados por la globalización también (Appadurai, 2012: 11).

La pérdida del placer por hacer es algo que nos está deshumanizando. Los sabios griegos decían que lo bello y lo útil eran prácticamente indisolubles. Hoy pareciera que sólo útil es lo que tiene un lugar. Pero es una utilidad banal, desprovista de sentido incluso, porque hay cosas útiles tan inútiles en su belleza inclusive. Quizás en ese sentido debiera portar un maletín de cuero, si tiene una marca famosa mejor que de sentido a mis pasos. Pero mi acto de rebeldía es portar esta maravillosa bolsa naranja que no es más que el símbolo de lo perdido como mujer y lo ganado como una profesional ¡¡Sí!! Esa profesional de la casa que también somos. En donde el afecto se reparte entre la computadora, el libro y la cacerola. Hoy no sólo aprendemos a cocinar sano sino aprisa, como las clases que impartimos: a prisa, sin pensar, sin meditar sobre lo andado. Y esto es un desafío que cada semestre tenemos que hacer para poder reacomodar los horarios. La práctica educativa está plagada de estos ejemplos.

No tenemos ni siquiera la certeza de que daremos una materia seguida cada año, porque cada cuatrimestre hay que acomodar el cuerpo a otra circunstancia. La cabeza de uno está en muchas partes. Vuelve loca la fragmentación y el vacío de lleno de dudas es el que prevalece. Como menciona Fernández, la docencia se convierte en una actividad de riesgo, nuestra salud mental lo está.

Diríamos que todo cambio implica un ajuste corporal. La flexibilidad laboral de la que somos parte es en realidad el mejor engaño. Se flexibiliza en la medida que esclaviza los sueños de cambiar a la par de mejorar económicamente. No sólo transportaré libros, irán mis sueños desplegados como esta ansia de eco en los pasillos de nuestra universidad, quizás en la configuración de su espacio.

Muchas de mis actuales colegas quizás se identifiquen con lo antes expuesto. El profesor por honorarios y de tiempo libre<sup>4</sup> tiene una condición más azarosa que quienes tienen un tiempo completo. Pero esto tampoco lo exenta, al tiempo completo, llamado “chistosamente” –tiempo repleto– de una carga laboral abrumadora, con jornadas de más de ocho horas que se destinan a la docencia, tareas administrativas, elaboración de reportes de investigación, extensión, tutorías que “distraen” labores de reflexión propios de la labor académica, que se torna de papel (Porter: 2005).

### **¿Y el *sí mismo*?**

Como nos recuerda Marx el hombre se transforma porque el sistema educativo lo hace. Las circunstancias cambian porque se mueven ciertas condiciones sociales que deben ser visibilizadas.

La categoría *sí mismo*, definido como el *self* que es construido en la interacción con otros, evidencia que la transformación no deviene de cambiar las condiciones materiales por sí mismas, sino en el conjunto de relaciones entre colegas que se ven afectadas circunstancias micro-sociales, es decir, en el juego entre Uno y los Otros. Montero (2002) menciona tres tipologías o modos de ser de lo otro. Una, el otro es complemento de uno (tú y yo somos). Dos, el otro es en la medida de mi negación (yo no soy eso que tú eres) y un tercero la otredad (aquellos distintos y lejanos a mí) (Hernández-Roitman, 2013).

El ser social determina la conciencia nos recita vigentemente Marx y dado que esto es así, me apoyaré en lo que menciona Alonso Fernández en algunos puntos de su ensayo, algunas cosas que pudieran determinar un estado mental que es colectivo, dada sólo una muestra descriptiva si el lector lo considera, como la que antecede con el relato de la bolsa naranja.

Entre colegas se construye una relación afectiva en un ambiente en donde es desarrollada la docencia como un actividad de riesgo para la salud (Fernández...), dado que existen características que bien podrían asociarse a alguna de las experimentadas por los maestros y, de las cuales, no puedo sustraerme. Algunas que agrupo y esbozo son:

- **Retribución escuálida.** En la Universidad la hora es pagada a \$75 (\$3.75 dls., tipo de cambio marzo de 2017). Por lo general para que un maestro pueda tener una suficiente carga que lo haga partícipe de un programa debe cubrir unas cuarenta horas. Distribuidas entre docencia, extensión e investigación. Para el maestro por honorarios y tiempo libre debe condicionar su permanencia solo con clases. Para poder cubrir con un mínimo de ingresos quizás tenga que estar dando de cuatro a cinco clases distribuidas en varias carreras o bien en otras universidades. Y esto debe cambiarse constantemente semestre a semestre.
- **Alumnos Hostiles.** Poner a prueba al maestro no en su saber sino que pareciera estar desafiado por su dominio y laxidad dentro de un grupo. Theodoro Adorno (1986) en uno de sus escritos denominado "*Tabúes relativos a la profesión de enseñar*" menciona algo que ha llamado poderosamente mi atención, y no es que la llame porque sea un azar, sino porque subyace algo que quizás invite a una conversación profunda respecto a lo que significa ser maestro. Nos dice:

...el maestro no es un hombre integrado que los alumnos esperan; es alguien que selecciona la alternativa de su propia profesión especializándose, pese a él mismo. Precisamente por su carácter humano, el maestro no puede ser el IDEAL de hombre que los niños (¿jóvenes?) pretenden. Si asumiera, como humano, lo que por carácter de su quehacer racionaliza al extremo, probablemente se vería liberado de una parte significativa de sus tensiones (Adorno, 1986: 15).

Esta idealización, nos dice, lleva a que se prefiguren o generen representaciones sobre el maestro; una representación mediada por la idealización del YO, de acuerdo a este autor, que se diluye al ver que el maestro no puede suplir todo aquello de lo cual carece el propio

alumno en sus otros ámbitos como ser humano, además de la escuela. Nos conmina a pensar las representaciones que sobre la escuela y sus agentes pesan sobre ella. Esto es una exigencia que pareciera ser la panacea que cura todos los males que pesan de la sociedad sobre la figura del docente.

En la Universidad Autónoma de Querétaro, esos prejuicios recaen en figuras estereotipadas del ser docente, que está atravesado por la cultura, la ideología, en suma la diferencia, y también, por qué no decirlo, respecto a prácticas y malas prácticas que algunos docentes están dispuestos a corregir en su momento. Es decir, sobre la figura del maestro están pesando idealizaciones de un alumno que transita antes de llegar a la universidad por una sociedad en donde calumniar al maestro es una práctica cotidiana. El asunto es que en las aulas nos encontramos con alumnos que no han sabido consagrar su escucha antes que nada en sus casas o bien, que han visto cómo ciertas demandas sociales profundamente injustas han sido tratadas desde la impunidad e injusticia, no viene al caso relatar lo acontecido con los 43 desaparecidos de Ayotzinapa. Ante un clima hostil como vive el país, es lógico que los estudiantes sientan como agresión cualquier acto que evidencia su ignorancia respecto a los temas que el maestro enseña, o intenta enseñar en un clima difícil al interior del salón: hablar mientras otro compañero habla o bien el maestro, peinarse, apoyarse en la pared para realizar una exposición, no leer, no estudiar, falsear datos. Hablar por el celular, mandar mensajes, sacar fotos al maestro mientras da clase sin su autorización, dejar los basureros repletos de basura y decir “que a ellos no les toca limpiarlos”, comer en clase, depilarse las cejas, tocarse el pelo y quitarse la orzuela, inclusive exprimirse espinillas delante de uno, son prácticas que he son relatadas por varios maestros. Asimismo, dentro de los salones de clase se venden golosinas; quejarse por leer, quejarse por no tener botes de basura en los baños, quejarse inclusive porque se les exige, también constituyen parte del acervo discursivo de ellos: quejas, quejas y más quejas. Algunas de estas prácticas y gestos que se viven en el salón no son vistas en las evaluaciones, pero sí los maestros somos sancionados y vigilados por

una serie de individuos, aún en formación, que tendrían ¿la última palabra? frente a la *evaluación institucional*.

• **Bajo Prestigio Social, baja autoestima, agotamiento emocional, desgaste, desmotivación, depresión.** Salarios bajos, inestabilidad en asignación de horas, presiones de tipo administrativas, competencia entre pares que lleva a la generación de chismes, descalificaciones (Roitman, 2013), abonan a crear ambientes sociales propicios para que no haya diálogo y se generen más desencuentros que encuentros. El maestro está cuestionado porque la convivencia lo está (Antaki, 2002). Y aunque esto sea una paradoja dado que los profesionales de la educación aprenden a serlo cuando socializan y conviven con su gremio, sin embargo las actuales circunstancias orillan a que el profesor se haga solo cuando se enfrenta al trabajo cotidiano cargado de competencia e individualidad.

Este malestar que otros colegas han documentado, habría que situarlo en la perspectiva del tiempo. Si pudiésemos hacer una línea del tiempo que nos permitiera ver los cambios ocurridos en los sentimientos experimentados por maestros, quizás pudiésemos notar variaciones, dado que no todo debe permanecer igual por siempre y para siempre. Sin embargo, los intentos por regularizar maestros en riesgo, ya no mental, sino laboral, como mencionan Giddens y Sennet, debieran preocupar a los sindicatos y a los gremios en general. Pero intuyo que esto es lejano dado que como universitarios “toleramos” que otros estén bajo el influjo de la injusticia y con poco reconocimiento hacia su trabajo en términos monetarios y de condiciones de vida saludables. Cuando fui maestra por honorarios el entusiasmo con el que empecé fue decayendo en proporción a la indiferencia de una mayoría ante mi situación. No hubo muchos ecos que sostuvieran mi empuje. Sin embargo, hubo personas y colectivos que estuvieron en la contención necesaria para que no abandonara el barco tan fácilmente.

El maestro es expuesto y acusado *a priori* como si fuese un mal que hay que erradicar, como si fuese EL problema de una institución que se debe a él como resguardo de las futuras generaciones.

Adorno nos lleva a una cuestión muy importante: al maestro le pesa su propia historia, en la cual en algún momento lo situó como un esclavo, sin derecho pero sí con obligaciones; así como la de un monje cuya estirpe de sabio es difícil de llevar a cabo dada las exigencias que ello implica. Apenas 70 años nos separan de una segunda guerra mundial que puso en el centro de nuestra “civilización” la más profunda deshumanización; misma que redujo el lenguaje y el cuerpo a su cosificación, terminando por tergiversar el propio discurso a su favor y en fábricas de jabones cuerpos que alguna vez hablaron. No estamos exentos de estas herencias concentracionarias cuando usamos lenguajes silenciadores y condenatorios y acusamos sin ton ni son a una generalización estereotipada del *maestro faltista o al maestro autoritario o al maestro buena onda* (Ibarra: 2010).

El maestro es el sospechoso principal de que algo anda mal. Se ha convertido en el principal delincuente que no estaba en su cubículo precisamente en el momento que fue al baño, o en el momento que conversaba con otro colega en una banca, actividad por demás sana en la academia que hoy habla pero no dialoga. O bien porque el maestro tenía que estar haciendo una fila de 20 personas para entregar “comprobantes” para un estímulo que desestimula.

Ser esclavo o sabio como nos recuerda Adorno como parte de un legado histórico respondió a un contexto; ser tratado como un objeto de ideal del YO desquebrajado de una sociedad en descomposición, tampoco es la salida. Nuestro sí mismo está atrapado en algunas disyuntivas antes expuestas.

¿Cuál es el maestro que la universidad pretende? ¿Qué valores de solidaridad estamos promoviendo cuando condenamos? ¿Qué lugar ocupa un maestro cuando un alumno está diciendo que representa a la autoridad?

Los colectivos formados para evitar la personalización de nuestra labor son diluidos e ignorados por un discurso que atomiza y vuelve un problema personal en una “desviación” individual. Todo tipo de recurso es utilizado para condenar a otro que es ajeno, que vemos como el principal enemigo. Nuestra sociedad está siendo cada vez más sorda y ciega ante ese otro que amerita que se dejen de cumplir expectativas individuales para alcanzar aquellas que demanda el bien común, quizás ello sea el fondo de los reclamos de los estudiantes; ellos ignoran que las posibilidades de un mundo posible está en



su humanización y no en la condena de otro vestido hoy como el maestro. Nuestra universidad reproduce escenas de poca solidaridad cuando condena a un maestro sin preguntar qué es de su vida; cuando vigila al que trabaja inclusive los domingos y no sanciona a quien sabe con perfección que no asiste.

### **Rebeldía intersticial: El Seminario de Investigación Educativa**

Vuelvo a insistir: (si) *los hombres modificados son producto de circunstancias distintas y de una educación modificada* ¿Cómo cambiarlas? ¿De qué recurso pedagógico nos aferramos los maestros? ¿Cómo a pesar de la precariedad laboral somos capaces de seguir en este oficio?

Participo desde hace cuatro años en un Seminario de Investigación Educativa, mismo que podría pensarse como un intersticio ¿cómo se entiende?; si bien la figura de Seminario es una forma instituida dentro de las Universidades, el carácter de dicha forma la configuran las voluntades reunidas por el placer del estudio sobre algunos aspectos específicos. La lectura obliga a la conversación de dos horas cada quince días de un grupo de profesores que, invitados por miembros iniciadores del seminario realizan. Formar parte de este grupo permite una especie de oasis reflexivo, que acompaña procesos de formación docente sin la excentricidad de los cuales gozan algunos espacios instituidos, sino, por el contrario, se cuida la armonía y sobre todo en la convocatoria: el placer del estudio. Llamarlo intersticio es pertinente dado lo relatado, documentado líneas arriba, la precariedad laboral y las prisas aún dejan espacio a la expresión en el currículum universitario (si es posible hablar de ello) “numerosas zonas de incertidumbre y una variedad de espacios intersticiales, en función de lo cual puede considerarse siempre como incompleto o inconcluso”. Asumir la práctica docente como inconclusa permite generar reflexión sobre ella y reconocer posibilidades de aprendizaje, de mejora del currículum, de un ser docente en permanente creación y además, de proveer teorías que amplíen el horizonte de investigación que requiere el campo educativo en cuestión. Del Seminario se derivan publicaciones conjuntas (Ver Ciencia UAQ, 2013), planteamientos de investigación de tesis doctorales, reflexiones didácticas que impactan en la Licenciatura

en las que se imparten clases, etcétera. En pocas palabras se estudia y el estudio reflexivo funciona como regulador y autorregulador del currículum sin por ello someter mediante normativas, el quehacer docente. Porque como menciona Frigerio:

“El currículum real resultará del tejido de la norma y del modo en que los actores de cada institución utilicen los intersticios, es decir, del modo en que éstos se desenvuelvan en las zonas de incertidumbre” (Frigerio: 28).

El Seminario lo hemos dicho en reiteradas ocasiones conjunta diversidad de profesiones y puestas en común por la educación. Reconstruir la experiencia no es anecdótico sino que evidencia que hay una práctica educativa entre colegas de diversas profesiones y universidades, que revisamos distintos autores con la intención de contestar algunas interrogantes en común, moviliza la práctica reflexiva (Anijovich: 2009).

Nos ha movilizado afectivamente y también en la búsqueda por comprender y movernos de nuestro entorno hacia los lugares incómodos de acuerdo a las interrogantes científicas expuestas. Cometido que no todos logramos. Quiero decir que no siempre es fácil movernos sin nuestros paradigmas de base (Echeverría 2009: 9) aquellos que nos constriñen a ciertas ideas, métodos y procesos que nos forjan a una idea del mundo que luego se filtra al campo de investigación que cada uno desarrolla.

Si entendemos el concepto, es indispensable comprender que apunta a una dimensión de capacidad operativa efectiva, que compromete y determina el conjunto de la existencia y acción humanas. Representa aquello que nos parece incuestionable, el núcleo de nuestra obiedad y la estructura primaria de nuestra mirada o disposición hacia las cosas, pp. 8.

La tercera de Feuerbach que invita al cambio de circunstancia validaría en tanto propuesta colectiva al Seminario; el intersticio es el escape que permite la recuperación de un tiempo y espacio distinto a lo instituido dado que sus actores promueven discursos y prácticas proclives al cambio; será menester de un acción de corte gremial impulsar los cambios subyacentes y evidentes de la práctica docente.

## Bibliografía

- Adorno, Theodore. *Tabúes relativos a la profesión de enseñar. En La docencia; entre el autoritarismo y la igualdad*. Ediciones El Caballito, SEP. México. 1986.
- Anijovich, Cappelletti, Mora y Sabelli. *Transitar la formación pedagógica*. Capítulo 1. Buenos Aires, Paidós. 2009. [http://www.alfafundaenfermeria.org/files/pdf/2012/10/20121025\\_716080059.pdf](http://www.alfafundaenfermeria.org/files/pdf/2012/10/20121025_716080059.pdf)
- Appadurai, Arjun. *Dislocación y diferencia en la economía cultural global*. www.cholonautas.edu.pe/Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales. Consultada en 2012. Extraído de: Appadurai, Arjun. La modernidad desbordada. Dimensiones culturales de la globalización. Buenos Aires, (1990) 2001, FCE, Cap. 2, pp. 41-61.
- Bauman, Zigmunt. (2000). *Modernidad Líquida*. Argentina: FCE.
- Beck, Ulrich. (2007). *Un Nuevo Mundo Feliz. La precariedad del trabajo en la era de la globalización*. Barcelona: Bolsillo Paidós.
- Echeverría, Rafael. (2009). *El búho de Minerva. Introducción a la filosofía moderna*. Chile: J. C. Sáez Editor.
- Fernández, Francisco Alonso. Una panorámica de la salud mental de los profesores. *Revista Iberoamericana de Educación*, núm. 66 (2014), pp. 19-30 (ISSN: 1022-6508) - OEI/CAEU
- Frigerio, Graciela (comp.). (1987). Capítulo I. *Currículum: norma, intersticios, transposición y textos. Normas, teorías y críticas*. Miño Dávila Editores.
- Furlán, Alfredo. (1996). *Currículum e Institución*. México: Cuadernos del Instituto Michoacano de Ciencias de la Educación.
- Honoré, Carl. (2004). *Elogio de la Lentitud. Un movimiento de alcance mundial cuestiona el culto a la velocidad*. Barcelona: Editorial Bolsillo.
- Ibarra, Luis. (2010). *Protocolo de Investigación Representaciones Sociales sobre prácticas socioeducativas de investigación científica en la UAQ*. FPS-2010-12
- Iglesias, Gregorio. (2010). La psicología en la cultura del consumo: sujetos, objetos, síntomas y afectos. En *Memoria III Congreso Internacional, VII Congreso Nacional, IV Jornadas de psicoanálisis y psicología hospitalaria*. Pp. 282-289.
- Marx, Karl. “*Tesis sobre Feuerbach*”. Instituto de Marxismo-Leninismo. 1845. Versión electrónica. <https://www.marxists.org/espanol/m-e/1840s/45-feuer.htm>
- Montero, Maritza. Construcción del Otro. Liberación de sí mismo. *Revista Utopía y Praxis latinoamericana*. Año 1. No. 16 pp.41-51. Marzo 2002.

Sardi, Valeria. (comp.). (2013). *Relatos Inesperados. La escritura de incidentes críticos en la formación docente en letras*. Facultad de Humanidades. Edlup. Editorial de la Universidad de La Plata.

Sennet, Richard. (2009). *El artesano*. Barcelona: Anagrama.

Sieglin, Verónica. *La Ciencia es aún cosa de hombres*. <http://archivo.eluniversal.com.mx/cultura/2013/impreso/hay-rezago-en-el-pas-la-ciencia-an-es-cosa-de-hombres-72440.html>

## Notas

<sup>1</sup>Según la Cuenta Satélite del Trabajo No remunerado de los Hogares de México (CSTNRHM), serie 2003-2009, las horas de trabajo en el hogar desde 2003 a 2009, ha estado bajo la tutela de las mujeres en un 37%, mientras que el 11% de hombres lo ha realizado. Valdría la pena hacer un estudio del Trabajo No Remunerado de las Mujeres universitarias para comprender las condiciones en las cuales se genera investigación, se hace docencia y se transmiten los conocimientos, se está en el SNI, se hace extensión, etcétera. No es menester de este trabajo mostrar datos contundentes al respecto sino esbozar algunas situaciones que merecen la pena una reflexión.

<sup>2</sup>Optar es relativo, la opción se torna circunstancia, conciliación, negociación entre familia e hijos. La realización de lo individual da paso quizás a lo colectivo.

<sup>3</sup>Iglesias (2010) enmarca esta mercantilización como cultura de consumo que se “refiere a una sociedad en la que los calendarios, los espacios y las prácticas sociales que la movilizan, es decir, los recursos sociales, materiales, simbólicos, y los modos de vida correlativos a todo ellos son mediatizados a través de mercados. La proliferación y diversificación de la transacción comercial lleva el efecto concomitante de que los objetos, bienes y servicios de consumo son mercancías”. Mercantilizar la vida es tornar todo lo bello en algo vendible, así sea una poesía.

<sup>4</sup>De acuerdo al Inciso 22.3 Profesores de tiempo libre son los trabajadores académicos que, de acuerdo a su nombramiento, sean remunerados en función del número de las horas/clase que impartan, pudiendo cubrir una o varias materias, con un límite máximo de 20 (veinte) horas/semana/mes. Contrato Colectivo de trabajo. SUPAUA 2009- 2011.